

Persistencias culturales afrocaribeñas en Veracruz*

Numerosos y variados son hasta ahora los estudios realizados acerca del Caribe. Su espacio ha sido abordado por reconocidos autores desde diversos y particulares ángulos, que van desde los aspectos geográficos y geopolíticos hasta los económicos y culturales, según se desprende de la bibliografía consultada para la realización de *Persistencias culturales afrocaribeñas en Veracruz*. De ahí que, en este caso, la aparición de un nuevo estudio, más que mover a preguntar por su pertinencia, ha de verse como un enriquecimiento a las contribuciones que hasta el momento se han hecho sobre tema. Por otro lado, sí resulta pertinente señalar que no es nuevo el interés de Yolanda Juárez Hernández por el tema objeto de su investigación. Según puede verse, esta obra —cuyo origen hay que rastrearlo hasta finales de la década de 1980—, fue posible gracias a las numerosas investigaciones en las cuales ha sido discutida la existencia de una identidad caribeña por encima de fronteras, idiomas y distancias geográficas. Por ello puede decirse que las reflexiones vertidas en el libro que nos pre-

senta la autora tienen una trayectoria que garantiza la madurez de sus conclusiones.

No obstante lo dicho anteriormente, no es el área marítima la principal preocupación del texto; su contenido constituye más bien una detenida reflexión en la cual el Caribe y sus manifestaciones más representativas son rastreados en sus relaciones con el espacio portuario de la costa veracruzana del Golfo de México. Esta cuestión, materializada en el concepto de *caribeñidad*, es uno de los puntos centrales dentro del desarrollo del trabajo de investigación, ya que conforma el objetivo de la búsqueda de la autora más allá de las definiciones espaciales, económicas o políticas.

Así pues, la presencia de una serie de rasgos comunes entre la vida y las costumbres de la zona portuaria veracruzana en el continente y sus contrapartes insulares —aquello que de manera provisional podríamos denominar cultura—, además de sus continuidades, es objeto de un análisis detallado en las páginas del libro.

Dado el carácter sociocultural de su estudio, Juárez Hernández realizó un oportuno ejercicio de dilucidación conceptual. Luego de un rápido repaso a las diferentes concepciones que acerca de dicho espacio se han desarrollado,

* Yolanda Juárez Hernández, *Persistencias culturales afrocaribeñas en Veracruz*, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2006, 378 pp.

plantea la idea de un Caribe cultural. Y dentro de esta idea general retoma aquella que considera puede rendirle los mejores frutos: la de *caribeñidad*, concepto que engloba —a decir de Pablo Mariñez, de quien la autora toma el término— los fenómenos de sincretismo, identidad, regionalidad, recreación, síntesis, resistencia y preservación. Este concepto muestra sus potencialidades explicativas cuando percibimos que los fenómenos incluidos en él están presentes a lo largo del texto en las diversas manifestaciones puestas al descubierto por el análisis realizado. Y no podía ser de otra manera, pues para llegar a semejante conclusión el examen fue llevado a cabo por medio del estudio de su proceso de construcción en diferentes momentos históricos. Éstos son, en síntesis, los aspectos que definen y explican la estructura analítica de la obra.

Además de los aspectos ya mencionados, Juárez Hernández se aboca, en el capítulo I, a explicar los elementos que definen la pertenencia de Veracruz al Caribe y que crean una identidad cultural, detallando el sistema comercial y productivo regional, sus características, evolución y transformaciones en las zonas continentales e insulares. Analiza la migración esclava, externa (forzada) e interna (dentro del Caribe hispano), así como las resistencias a la esclavitud y las diversas formas que ésta adoptó. Éste último elemento

le permite a la autora establecer la idea de espacio social y de participación activa en la construcción de sus herencias culturales que explican, de acuerdo a sus conclusiones, la existencia de ciertas permanencias de la carga cultural traída por los esclavos, las cuales se convierten en refugio y recurso de identidad y sobrevivencia.

Una vez establecido lo anterior, el texto de Juárez Hernández nos muestra la forma en que los elementos conceptuales definidos contribuyen a explicar el desarrollo histórico de dicho proceso. De este modo, las categorías adoptadas se aplican al análisis de la migración y el asentamiento de la población africana en Veracruz. Los principales espacios urbanos veracruzanos durante los siglos coloniales, así como las actividades productivas nos dan una imagen del modo en que se dio el tráfico esclavo. Por otra parte, también examina la evolución del *asiento* de esclavos y los beneficios que comenzaron a ser disputados a España y Portugal por parte de las demás naciones europeas. De igual manera, el control y las diversas formas de resistencia de los esclavos son analizados en sus particularidades a lo largo del periodo.

La independencia y las relaciones entre los distintos países emancipados a principios del siglo XIX son motivo de estudio para establecer las características y la intensidad de la migración efectuada entre el puerto de Veracruz y el

Caribe. Es importante señalar que, dentro del texto, la existencia de la muralla de la ciudad de Veracruz tiene un papel sobresaliente. Símbolo de protección contra la inseguridad en los siglos coloniales, en el siglo XIX se convierte en frontera que impide el crecimiento de la ciudad, y en causa de insalubridad y separación entre los sectores sociales existentes: élites y grupos populares. Si bien es cierto, como lo señala la autora, que el espacio intramuros tenía ya una amplia red de relaciones e intercambios, también lo es que la desaparición de la muralla significó la ampliación de los espacios sociales compartidos dando lugar a una integración espacial, la disolución de las diferencias presentes y un contacto más directo entre ambas partes. Quizá la muralla era ya un anacronismo que —como el texto mismo nos reseña— desde antes estaba siendo rebasado por la vida y convivencia cotidianas, que llevaban hacia el interior, no de la ciudad, sino de la reservada sociedad intramuros misma, expresiones propias de los grupos marginados, cuyos negros y mulatos eran sus mejores representantes. Esta integración estaba precedida por ese mestizaje que ya había trazado los primeros rasgos de la identidad “jarocho” y el ambiente en el cual se reconocieron las sucesivas migraciones intracaribeñas. De ahí la importancia que la autora da al análisis de la vida cotidiana como lugar de expresión, relación y reconocimiento

de esa cultura e identidad común denominada *caribeñidad*.

Siguiendo el plan trazado en la obra, ésta nos señala las múltiples persistencias culturales afrocaribeñas en Veracruz en el siglo XIX. De este modo, la música, el baile, la arquitectura y la gastronomía son considerados como elementos de la cotidianidad y personalidad jarocho que, en su conjunto, son base y sustento de esa *caribeñidad* que Juárez Hernández busca comprobar en su investigación. Cada uno de estos elementos son, en su opinión, evidencias que ponen de manifiesto el abigarrado crisol en el que se fundieron —en ese proceso de “ida y vuelta” de la interculturalidad y el mestizaje—, influencias españolas (andaluzas y canarias e incluso europeas), africanas e indígenas, entre las cuales predominan, para el caso de Veracruz, las cubanas, particularmente en la música. Por su parte, en lo que se refiere al baile, en los fandangos y mojigangas en los que participa la gente de “color quebrado” de los barrios populares, se esbozan ya las clamorosas fiestas que hoy forman parte de esas celebraciones tan propias de Veracruz. Otra persistencia cultural se aprecia en la fisonomía arquitectónica de la región con sus fortificaciones y baluartes costeros, que hacia el interior se transforma para dar paso a las típicas casas de madera de la antigua Ciudad de Tablas y cuyos vestigios aún pueden percibirse en los vetustos barrios de La Huaca y Los Cocos. Finalmente, los

alimentos, sus ingredientes y elaboración remiten a una cocina afroestiza o afroantillana común que justifican la existencia de una cultura alimenticia.

En general, el libro se caracteriza por un notable esfuerzo de síntesis en el que confluyen tanto los estudios culturales como los históricos. Creo que uno de los méritos de la obra es unificar bajo una perspectiva histórica los distintos estudios acerca de la negritud, el esclavismo y la cultura jarocho en un proceso que deriva en la explicación y conformación de una identidad en el área circun-caribeña y con la cual el espacio porteño veracruzano tiene un innegable parentesco. La explicación del origen de dicho parentesco, y la forma en que se establece la relación entre las manifestaciones de lo jarocho y lo caribeño, son partes relevantes de las aportaciones de la autora. Por otra parte, no puede dejar de mencionarse que su análisis va más allá de lo africano e indígena cuando incluye en

lo caribeño a lo español, sobre todo porque señala los puntos de contacto y fusión específicos entre una y otra cultura. Sin embargo, y a pesar de la pertinencia de lo presentado, quizá la presentación de algunos ejemplos concretos más hubieran reforzado y dado mayor profundidad a este apartado. Del mismo modo, acaso por la vieja relación que nos une —dada su cercanía e idioma común—, lo cubano destaca por encima del resto de los pueblos caribeños, si bien es cierto que no se deja de hacer mención de los puntos de contacto relevantes con todos ellos. Complementado en su texto con oportunas ilustraciones, el libro constituye una oportuna e interesante invitación, tanto para el conocedor como para el neófito, para ahondar en nuestras raíces y en los rasgos comunes que compartimos con el Caribe en esta parte de nuestro país.

Gerardo Ciruelo Torres